

MODERNIZACION EN UN PUEBLO DE LAS ISLAS CANARIAS

y 2

Otra adición importante consistió en dos nuevos restaurantes y en la expansión del anteriormente existente. Mientras que el menú antiguo consistía exclusivamente en huevos y pescado, el menú de 1965 ofrecía buey de Polonia, cerdo de Dinamarca, así como conejo y cabrito de la parte norte de la isla, todo ello comprado al día en el supermercado. Se disponía de nuevos servicios como una farmacia, un médico, un sacerdote permanente, un chófer de taxi y una tienda de ropa. Se terminaron dos nuevos edificios de apartamentos y se empezó a construir un hospital. El servicio de autobuses con la parte norte de la isla aumentó de seis autobuses a la semana a un autobús diario, además de tres microbuses. La mitad, por lo menos, de la gente de la aldea usaba trajes de confección. Las sandalias de caucho que antes usaba toda la población desaparecieron por completo y fueron sustituidas por el típico calzado español de cuero para la ciudad o para la playa. Nueve grupos electrógenos de propiedad privada proporcionaban energía durante períodos variables de tiempo. Así como anteriormente, para la medianoche o una de la madrugada, la aldea quedaba sumida en la más completa oscuridad, ahora unas farolas esparcían luz a lo largo de la calle principal durante toda la noche.

Juntamente con nuevos y crecientes negocios comerciales, surgieron problemas de desorganización pública. La gente del pueblo había solucionado tradicionalmente el problema de la basura amontonándola al sol hasta que se deshiciera. En 1965 este método ya no era factible, por lo que la mayoría optó por arrojarla al mar. El hedor invadía la parte de la aldea más cercana al mar, y los afectados se quejaron, pero nada se hizo para evitar nuevos vertidos. Los suecos protestaron porque los aldeanos que habían instalado en sus casas fosos sépticos, los vaciaban a la noche en la playa. Los suecos alegaban que la marea no conseguía limpiar adecuadamente las aguas en que se bañaban, por lo que podía brotar una epidemia. La gente del pueblo se negó a discutir el asunto. Existía también el problema originado por los ruidos y los humos de los nuevos grupos electrógenos, así como el mantenimiento de las líneas tendidas a través de toda la aldea. Igual que había sucedido durante todo el período de

los diez años, la gente añadía continuamente nuevas construcciones a sus casas de manera que en cualquier época del año una tercera parte de los edificios se encontraba en fase más o menos avanzada de edificación. Todo esto, juntamente con la total inexistencia de arbolado y las cenizas volcánicas en las calles, daba la sensación de que la aldea acababa de sufrir los efectos de un huracán. Se extremó el rigor para que los nuevos constructores se ajustasen a las normas sobre alineación de las calles, pero excepto esto apenas existían normas sobre ordenación urbana. Uno de los edificios de apartamentos todavía sin terminar, de seis pisos de alto, se construyó junto a la orilla del mar. Ante la protesta de la población, las autoridades de la isla ordenaron al propietario que lo demoliese, pero es muy dudoso que esto se lleve a efecto. Los suecos se dan perfecta cuenta de todos estos problemas, aunque muchos creen que por su parte sería presuntuoso estimar que ellos pueden hacer algo. La gente del pueblo que ha hecho dinero con el comercio se preocupa por el bajo nivel de educación que reciben sus hijos y ha pedido a los suecos inválidos que hablen en su favor a las autoridades oficiales. Aunque los suecos nunca han dejado de ayudar en las escuelas, rechazan tajantemente el entablar relaciones políticas con el gobierno.

Aunque la incapacidad de los aldeanos para llegar a un acuerdo sobre el poder político fue la causa principal de su fracaso para conseguir los necesarios servicios sociales, se daba, no obstante, una clara comprensión y una coincidencia general sobre la ordenación de los grupos sociales. En el plano horizontal, la aldea estaba dividida en nativos de Los Santos, suecos, y europeos no suecos. Los suecos se distinguían de los demás europeos por su estructura interna: es decir, los suecos que pertenecían a la Casa Sueca y los que eran parientes suyos. A los suecos inválidos se les concedía el derecho de la residencia permanente y como la mayoría de los no inválidos eran parientes de visita, se les agrupaba con ellos. Como contraste, los demás europeos se clasificaban como grupo de invitados y no gozaban de la intimidad concedida a los suecos.

Antes del período de desarrollo, las familias de los caciques eran consideradas como extrañas. En la tercera etapa,

según siendo consideradas de la misma manera, si bien visitaban con más frecuencia la aldea, dadas las nuevas comodidades de que disponía. En la primera etapa, todo ciudadano de Los Santos era considerado al nivel del trabajador del campo, ya que miembros de cualquier familia habían trabajado en los campos de tomate. Ahora bien, a medida que ciertas familias se hicieron independientes gracias a sus actividades comerciales, entablaron nuevas relaciones con los caciques. Se sobreentendía por ambas partes que los hijos de los nuevos empresarios no se dedicarían jamás al trabajo del campo. Los caciques, sin embargo, dado su poder político y económico, continuaron ejerciendo sobre la gente que no era comerciante el mismo control que cuando les contentaban como jornaleros. Los que siguieron siendo jornaleros también reconocieron el nuevo estatus de los empresarios a los que frecuentemente acusaban de egoístas y de exagerados ambiciosos. Así, por ejemplo, los criticaban por seguir haciendo por sí mismos la limpieza de la casa cuando todo el mundo sabía que podían permitirse el lujo de pagar a muchachas de servicio. Entre los suecos y los empresarios se anudaron fuertes vínculos de igualdad, mientras que las familias de los jornaleros y de los pescadores proporcionaban la ayuda doméstica y chicos para empujar las sillas de ruedas de los suecos.

Con un sacerdote permanente y con unos servicios eclesiásticos regulares, empezó a desarrollarse una comunidad católico-romana bien organizada. En la primera etapa, cuando el pueblo sólo recibía la visita ocasional de un sacerdote, era muy borrosa la división entre los ardientes defensores de la Iglesia y los que sólo nominalmente eran católicos. Cuando el nuevo sacerdote empezó a pedir la ayuda de la comunidad, se intensificó la división entre los grupos clericales y los anticlericales, y la distinción entre los ardientes defensores de la iglesia y los que calladamente los ridiculizaban empezó a parecerse a la norma típica de la España moderna. Las dos monjas secularizadas, a quienes se prohibió entrar en la iglesia, vieron aumentar el número de sus seguidores. Aunque alegaban defender a la Iglesia católica, su forma de actuar más bien se parecía a la de un movimiento evangelista. Su protesta más clamorosa se diri-

gía contra el carnaval como "una abominación a los ojos de Dios: hombres vestidos como mujeres y mujeres vestidas como hombres". En la tercera etapa, construyeron una vivienda de cuatro apartamentos y adquirieron un coche inglés. Los suecos y los demás europeos pertenecían a los grupos clericales o anticlericales, y algunos de ellos ayudaban a las monjas puritanas. En la primera etapa, la aldea se encontraba unificada por las creencias locales, que en parte eran católico-romanas y en parte supersticiones locales. En la tercera etapa, ya no había una sola ordenación moral en Los Santos: no había más que una mera acomodación a las circunstancias.

CONCLUSION

En el transcurso de los diez años de cambio rápido en Los Santos, diversos han sido los factores que han contribuido a ello, pero ninguno de ellos puede compararse a la influencia que han desplegado los suecos. Alguno podría decir que el más significativo fue la pavimentación de la carretera que va por el monte o que el emplazamiento de Los Santos junto a una playa frente al océano hacía aparecer como inevitable el interés turístico por el sitio. Pero, sin embargo, ninguno de estos factores explica el cambio tan característico que ha experimentado. La pavimentación de la carretera afectó por igual a todas las aldeas situadas al sur de la isla, pero mientras Los Santos cambió rápidamente, las demás apenas cambiaron. En cuanto al marco natural, en el sur de la isla hay otras playas que son mejores que la de Los Santos. La aldea costera de Las Galletas tiene una fina arena tostada, mientras que en la playa de Los Santos hay una mezcla de arena y de negro polvo volcánico que es muy difícil de lavar. Pues bien, Las Galletas ha continuado siendo una aldea aislada que en muchos aspectos se parece a Los Santos de 1955.

El rol desempeñado por los suecos en la aldea no ha dejado de influir en la calidad del cambio. En ningún momento plantearon amenaza alguna a la autonomía o a la autonomía de la aldea, aunque no dejaron de surgir serios desacuerdos. Su situación de invalidez física compensaba el limitado poder de su riqueza y sus desacuerdos con la gente del pueblo jamás llegaron a ser graves ya que no podían recurrir a la aplicación de sanciones. Como consecuencia, los cambios que acontecieron, aunque precipitados por los suecos, aparecieron más bien como la respuesta a una oportunidad que como el cumplimiento de una orden. Los cambios fueron iniciados por los mismos aldeanos que los incorporaron a sus normas históricas de vida. El tipo de cambio fue el resultado de un esfuerzo no planificado y lo que se originó resultó ser una completa sorpresa para ambos grupos. Ninguno de ellos tenía unas finalidades específi-

La importancia del turismo como agente de cambio social en Canarias

cas y la profundidad del cambio rebasó toda esperanza. En realidad, el aumento de turistas representó para los suecos una cierta intranquilidad, ya que habían escogido a Los Santos por su aislamiento y por la baratura de la mano de obra tanto como por sus ventajas climatológicas. Sólo en zonas caracterizadas por los bajos salarios podían los suecos aspirar a encontrar muchachas de servicio y chicos que durante todo el día empujasen sus sillas de ruedas a quienes pagar con sus modestos ingresos. Otra estimación de la influencia ejercida por los suecos atiende a la valoración proporcionada por los mismos aldeanos. Los comerciantes de la aldea reconocen que de ellos aprendieron muchas de las artimañas de sus negocios. Los suecos, sirviendo de intérpretes culturales, puntualizaron la forma general de proporcionar los servicios a los europeos de visita y los comerciantes de la aldea reajustaron las bien definidas costumbres locales a la recepción de huéspedes para adaptarse a los deseos de los turistas europeos. Una de las influencias de los suecos que sólo en la tercera etapa ha empezado a sutir efectos, consiste en los consejos dados a los jóvenes sobre el trabajo en Europa. En 1965 fueron muchos los que volvieron con nuevas ideas y nuevos conocimientos. Así, por ejemplo, un joven que marchó a trabajar a Suecia, después de dos años de estudio y de prácticas en un hospital sueco, volvió convertido en un diestro fisioterapeuta. Naturalmente, se dedicará a trabajar en la Casa Sueca.

Este tipo de cambio, no planificado y no dirigido, que se dio en Los Santos, refleja la importancia del turismo como agente del cambio en España. La España de principios de la década de 1950 se convirtió en la primera nación turística de Europa con 15 millones anuales de turistas. Considerada en esta época como una parte marginal de Europa o como una de sus sociedades más tradicionales, se ha transformado en una de las que más rápidamente están cambiando. Muchos son los que consideran que el turismo ha sido el principal agente del cambio, aunque han intervenido otros de primordial importancia. El cambio producido por el turismo es, en su mayor parte, el resultado de cambios minúsculos repetidos mil y mil veces en una sola área y que sólo se puede medir adecuadamente mediante comparaciones hechas a intervalos de cinco y diez años. Por esta razón, todo estudio sobre el cambio social en países afectados por el turismo requiere tanto los estudios sobre aldeas y barriadas como los cálcu-

los más amplios del impacto social expresados por cifras sobre el número total, duración de estancia y volumen en dólares.

Muchos centros turísticos de España que superan con creces a Los Santos en cuanto al desarrollo de comodidades, empezaron como aldeas de la costa "descubiertas" por visitantes después de la Segunda Guerra Mundial. De la misma manera que Los Santos, las colonias extranjeras crecieron cuando muchos de sus miembros se convirtieron en residentes permanentes. En esta fase, eran comparables a lo que aconteció en Los Santos si bien la transformación ulterior recurrió a las inversiones extranjeras a gran escala para la construcción de hoteles y demás recursos de los centros turísticos. Todo esto llevó consigo la migración de trabajadores por temporada y los controles oficiales sobre precios y servicios. Tanto los suecos como los comerciantes de Los Santos saben perfectamente que ya se han celebrado conversaciones entre los caciques y representantes de compañías aéreas del norte de Europa para el desarrollo del área que rodea Los Santos. Los vaticinios sobre lo que puede llegar a suceder se caracterizan más por el temor que por la espera de nuevos beneficios. Tales temores están plenamente justificados ya que, en la próxima etapa, el poder se escapará de las manos tanto de los españoles como de los suecos residentes para pasar a los Consejos de Administración de Sociedades Anónimas y a los políticos de Madrid y de otras capitales europeas. Los problemas planteados por el crecimiento en Los Santos —eliminación de basuras, ordenación del suelo, servicios y control social— se han definido y poco a poco resuelto a un nivel local. Pero a medida que estos planes van siendo sustituidos por programas coactivos de discutible validez emanados de centros lejanos de decisión, la calidad del cambio en Los Santos tiene que variar inevitablemente en el sentido de que por parte de los aldeanos se adoptará una actitud conservadora, contraria al cambio, defensora de los mecanismos que mantengan el ámbito de la jurisdicción propia y no ya como la firme respuesta ante las oportunidades para el cambio que caracterizaron los diez primeros años.



KENNETH MOORE
Universidad de Notre Dame